

Sandoval partió, y durmió dos noches en tierra de Otomitlh, que estaba destruida por las tropelías de las tribus vecinas.

Llegó despues á un rio que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran despojo de un pueblo que acababan de quemar.

Los mexicanos huyeron al ver á los españoles, y éstos lograron aprovecharse de una buena parte del botin, que aquellos abandonaron en la huida.

Los fugitivos pasaron otro rio, y se detuvieron en un llano. Sandoval les siguió.

Arremetió á ellos con los caballos.

Llegaron luego los de á pié, y les causaron gran destrozo.

No desmayaron por esto los vencidos.

Se retiraron á Metalcinco, y allí esperaron á sus perseguidores.

—¡Compañeros, dijo Sandoval entónces á sus soldados, poco nos falta para obtener la victoria! ¡Marchemos á tomar posesion de esa ciudad! ¡Que no se oculte el sol sin ver ondear en sus torres la bandera de Castilla!

Y al terminar estas palabras, comenzó de nuevo un encarnizado combate.

En él perecieron más de dos mil mexicanos.

Los demas se retiraron á un cerro, dispuestos á vengar á sus hermanos.

En esto llegaron unos setenta mil indios de los que formaban parte de la division de Sandoval, y cayendo sobre los enemigos, les hicieron abandonar por completo la ciudad.

Despues de entregarse al saqueo, la incendiaron.

Se disponian á continuar avanzando para someter á la obediencia á otros lugares vecinos, y el cacique de uno de ellos se presentó á jurar fidelidad, ofreciéndose tambien á pacificar á los de Matalcinco, Malinalco y Cuixco.

Así lo verificó, en efecto, y el valiente capitan español se retiró con todo su ejército á dar cuenta al caudillo del resultado de su expedicion.

## CAPITULO CXIV.

Una embajada de paz, que se traduce en guerra.



VIA Cortés con pena que á pesar de las desesperadas luchas que venian sosteniendo con los mexicanos y á pesar de las victorias que alcanzaba, no lograba someter á su obediencia la ciudad imperial; y deseando poner término á aquellos desastres, envió á algunos de los prisioneros que tenia, en calidad de emisarios, para tratar la paz con Guatimotzin.

Llegaron, pues, á la ciudad, y al tener el emperador noticia de que iban en nombre de Hernan Cortés:

—Sean dignamente recibidos esos embajadores, dijo; ya sean mexicanos, ya extranjeros; su mision es sagrada é inviolables sus personas.

En seguida se preparó á escucharles, reuniendo en el salon de audiencias á sus ministros y consejeros.

Vivísima impresion produjo en la ciudad la entrada de aquellos nuevos plenipotenciarios, que llegaron á palacio entre oleadas del pueblo y bajo la proteccion de una escolta mexicana.

Turbados estaban al presentarse á su emperador.

Echábase de ver que no juzgaban muy honorífica la proposicion de que eran portadores.

Sólo despues de haber sido alentados con benévolas frases que les dirigió Guatimotzin, osó expresarse en los términos siguientes el más audaz de los tres:

—¡Señor! ¡Mi señor! ¡Gran señor! El malinche Hernan Cor-

tés, de quien nos hacen esclavos azares de guerra, nos envia á tí para que sepas de nuestros labios sus intenciones y deseos.

«Agradecido eternamente aquel jefe á los muchos favores y señaladas honras que le dispensó el gran Moctezuma, no puede olvidar, en medio de los horrores de la sangrienta lucha que sostiene contra tí, que eres deudo del nombrado monarca, que ha sentado contigo en el trono imperial á una hija de aquel, y que te albergas en una ciudad que fué hospitalaria en otro tiempo á sus extranjeras legiones.

«Tiembla la mano del malinche al levantarse para destruirla.

«Acongójase su ánimo al concebir los desastres que van á llover sobre el imperio, con quien tan solemne alianza ha pactado á nombre de su rey, y ántes de dar el último golpe te conjuro por nuestra voz á detenerlo, aceptando la paz con las condiciones siguientes:

Primeramente, desarmarás sin tardanza á tus ejércitos y los harás salir de tu capital.

En segundo lugar, convocarás asamblea de todos tus tlatoanis, y ratificarás con ellos el vasallaje reconocido al soberano español.

En tercero . . .

—No digas más, exclamó, ardiendo en ira, el valiente Guatimotzin. Muda para siempre debiera quedar tu lengua despues que se ha mancillado articulando tus vergonzosos acentos.

—Tlatoanis y teutlis, prosiguió Guatimotzin, dirigiéndose á la asamblea, ya habeis oido cuáles son las primeras condiciones de la paz que nos propone el enemigo; innecesario juzgo indicaros ya cuáles serán las últimas, porque creo que se deducen naturalmente.

Jamas en mi reinado aceptará el imperio de México un yugo ignominioso; jamas, ocupando Guatimotzin este trono, permitirá sea cometido á ningun trono extranjero.

¡Sepultarme sabré ántes en sus míseros escombros!

Pero soy rey por el libre voto de los electores de México; soy rey, que al ceñirse la sagrada corona contrajo el deber imperioso de hacer felices á sus pueblos.

Si los desastres con que nos amenaza el enemigo os parecen más graves y cercanos, que los que veo envueltos en la paz engañosa que rechazo; si fatigados de tan prolongada y sangrienta guerra quereis á toda costa terminarla; si en la alternativa, en fin, de morir ó ser esclavos, os sentís capaces de vacilar algun dia, pronto estoy á descender del excelso puesto á que me habeis encumbrado y á devolver á los que me la dieron la corona augusta que, conservándose en mis sienes, no será humillada nunca á las plantas del extranjero tirano.

Los rumores que se levantaban en la asamblea apagaron las últimas palabras de aquel breve discurso.

Era extraordinaria la agitacion y contrarios los efectos que habia producido.

Muchos prorumpian en frenéticas aclamaciones, aplaudiendo la conducta del emperador.

Otros se resistian de la duda manifestada por aquel, como de un ultraje inmerecido.

Algunos, con sentimientos enteramente diferentes, juzgaban exagerado el recelo y excesiva la soberbia que se oponian á una paz, cuyas condiciones no eran en su concepto tan alarmantes ni tan vergonzosas como las veia Guatimotzin.

No faltó tampoco quien se atreviese á indicar que debia aceptarse la abdicacion de dicho príncipe, ofreciendo la corona á Hernan Cortés.

En honor de la verdad y del nombre mexicano, debemos confesar, sin embargo, que los partícipes de las dos opiniones últimamente expresadas estaban en corta minoría, compuesta casi toda de débiles ancianos.

En el momento en que la agitacion era más débil y más difícil la situacion del emperador, obligado á presenciar los deba-

tes ocasionados por su discurso, se abrió con estrépito la maciza puerta de aquella suntuosa estancia.

Presentóse el Hueiteopixque revestido de todas sus insignias acompañado de cincuenta sacerdotes, que formaban á su espalda un grupo lúgubre y extraño, envueltos hasta la cabeza en sus largos mantos negros, que arrastrando por detrás, iban bariendo el pavimento.

El pontífice se detuvo en mitad de la sala del consejo, y rompiendo el profundo silencio que habia motivado su aparicion, dijo con acento grave é imponente:

—Los dioses me han revelado en la soledad del templo, que se reunian en este sitio los altos dignatarios del imperio para escuchar proposiciones de paz dictadas por el impío extranjero.

Los dioses me han revelado, ¡oh Guatimotzin! que tu heroico corazon las rechaza indignado, prefiriendo la muerte á la ignominia.

Pero ¿quiénes son, añadió, dirigiendo furibundas miradas de odio, quiénes son los cobardes que se quejan de tu constancia?

¿Quiénes los blastemos que se atreven á pronunciar que es aceptable la alianza con los enemigos de los dioses? ¡Levanten la voz en mi presencia! ¡Levántenla, y caerán héridos de muerte por el santo furor que siento arder en mi pecho y centellear en mis ojos!

Huitzilopochtli ha temblado de ira en su sagrado altar.

Tezcalepuzca se ha arrepentido de haber criado al hombre, indigna hechura de su mano omnipotente.

¡Respiren aquellos que han encendido los divinos furores, y á su vil soplo crecerá devorador el incendio, y ni cenizas quedarán de ellos!

Cloncluyó de hablar el hueiteopixque en medio del mismo general silencio que reinaba al comenzar.

Uno de los altos dignatarios del imperio tomó la palabra un momento despues, y se expresó en estos términos:

—No existe, á mi entender, en esta asamblea, individuo alguno que sea capaz de cobardes votos, atreviéndome á asegurar, sin temor de que ni una voz se levanta á desmentirme, que tú, ¡oh teoteutli! (1) puedes volver tranquilo al teocali venerado, asegurando á los dioses que jamas permitiremos en sus altares deidades extranjeras; y que tú, ¡oh soberano hueitlatoani! tú, siempre digno varon en tus sentimientos, siempre gran monarca en tus preceptos, no debes recelar nunca flaqueza ó deslealtad en los que aprenden de tu ejemplo.

A tí solamente reconocemos por emperador, y contigo rechazamos cualquier otro vasalleje, dispuestos á morir ántes que á capitular.

Unànime fué entónces la voz que se levantó vitoreando á Huitzilopochtli, á Guatimotzin y al pontífice.

Todos juraron perecer con las armas en la mano.

—¡Sea como lo decís, exclamó el gran sacerdote, sí así lo cumplís. Huitzilopochtli os proteja y os premie Tezcalepuzca.

—Y ¡ay! de aquel, añadió el emperador, poniéndose en pié con ademan firme y severo, ¡ay! de aquel que, perjuro infame, ose en lo sucesivo articular la palabra *paz* ó prestar á ella su oido. Reo de muerte lo declara mi voz, y como traidor será deshonrado, ya vista la coraza de guerrero, ya la negra capucha del teopixque, ó el régio manto del tlatoani.

—¡Guerra! ¡Guerra! gritaron todos.

—¡Guerra hasta morir ó vencer! exclamó con conmovido acento el pontífice. Yo os lo ordeno é impongo á nombre de Huitzilopochtli.

—¡Guerra! repitió el emperador, arrojando á los piés de los embajadores el dardo que tenia en su diestra. Esto habeis de

1 Señor sagrado, ó caballero de Dios.

decir, ¡oh teutlis! al extranjero que os envía. ¡Guerra sin tregua hasta el total exterminio de los dos ejércitos!

Llevad esta contestacion que da el imperio á sus odiosos perseguidores, y quedaos entre ellos.

México rechaza á los indignos hijos de su suelo que han osado pisarlo siendo portadores de tan infame mensaje.

Los emisarios se volvieron avergonzados y confusos al campamento español.

Era tan dolorosa la impresion de su vergüenza, tan terrible para sus corazones aquel testimonio de la ira general que les acusaba, tan profunda su pena al verse despreciados por su príncipe, que al atravesar el puente para ir á reunirse con los españoles, deteniéndose de pronto uno de ellos y dirigiéndose á sus compañeros:

—No voy más adelante, dijo; no quiero vivir siervo y deshonrado. Mi patria y mi rey me desprecian: tienen razon, porque he manchado mis lábios pronunciando proposiciones indignas. ¡A lavarlas voy de su baldon!

Y así diciendo, se arrojó al lago, yendo á sepultarse en sus aguas.

Los otros dos infelices imitaron su conducta, obedeciendo á un impulso simultáneo.

Sus cadáveres, recogidos algunas horas despues por los soldados españoles, fueron la única contestacion que recibió el caudillo.

Comprendió que era ya preciso renunciar á todo propósito de conciliacion.

La muerte de sus emisarios, ya fuese un acto de rigor del monarca mexicano, ya desesperacion por parte de las mismas víctimas, era indicio vehemente de que no era posible sujetar á aquel pueblo sin aniquilarlo.

—¡Compañeros, dijo entónces á sus capitanes, á los primeros rayos del sol de mañana daremos el último ataque á la capital de México!

## CAPITULO CXV.

**Donde se ven los últimos esfuerzos que hicieron los mexicanos para defender su independencia, y los desastres que sufrieron.**



ESDE aquel momento se consagró Cortés por completo á activar los preparativos necesarios.

Mandó venir de todas las tribus amigas gran número de indios, con sus instrumentos de madera, que llamaban *huictles*, y que servian de pala y azada, para que le auxilién en el derribo de las casas y otras operaciones que se proponia emprender.

A los cuatro dias ya habian llegado estos refuerzos, y dispuso su gente para atacar en seguida á la imperial ciudad.

Resuelto á penetrar en ella á todo trance, ordenó bajo severas penas que á proporcion que se fuesen posesionando de las calles, se derrocasen sus casas, dirigiendo todos los esfuerzos á cegar con escombros los canales, hasta convertir en tierra firme lo que era entónces agua.

Corrian los últimos dias del mes de Julio cuando publicó Cortés esta orden terrible, que condenaba á la destruccion más completa á la hermosísima y suntuosa ciudad de los emperadores aztecas, célebre monumento de su civilizacion y grandeza, próxima á desaparecer sin dejar á la posteridad ni un vestigio que las acreditasen.

Dióse, en efecto, el ataque segun el nuevo plan de ir ganando palmo á palmo el terreno y asolando la ciudad al paso, para